

en Cartago, después de haber recibido el bautismo. Los cuados y los sármatas desolaban también la Iliria: Valentiniano corre al frente de las fuerzas de la Galia, y en una audiencia que daba á los diputados de los cuados reventó en un acceso de cólera que le rompió un vaso del corazón. Tal era la irascibilidad del compañero de gabinete de las dos osas. Fueron proclamados emperadores sus dos hijos Graciano y Valentiniano II. Este era demasiado jóven, y aunque en la repartición le tocó la Italia, la Iliria y el Africa, guardando para sí Graciano la Galia, la España y la Inglaterra, Graciano fué el que en realidad gobernó todo el Occidente.

Coincidió con la muerte de Valentiniano la gran invasión de los bárbaros. Los godos, que habían permanecido fieles á la familia de Constantino, y que se habían ido multiplicando en los bosques y sujetando en torno suyo otras poblaciones bárbaras, tenían á su cabeza al viejo Hermanrico, que con mas de un siglo de edad iba todavía á los combates. El Danubio era la barrera que separaba el imperio salvaje del imperio civilizado. Los ostrogodos, ó godos del Este, habían cedido su preeminencia á los visigodos, ó godos del Oeste, cuando se aparecieron los hunos, que después de haber derrotado á los alanos se hallaron frente á frente con los godos. Las dos monarquías salvajes, escita y tártara, iban á chocar una con otra, cuando murió Hermanrico asesinado por la familia de un jefe á cuya mujer había condenado á ser magullada por los cascos de los caballos (1). Un corto número de ostrogodos se aventuró á combatir con aquellas hordas desconocidas, pero no pudiendo resistir á la caballería de los hunos y de los alanos, los ostrogodos se sometieron á sus vencedores. Los visigodos, retirados hácia el Danubio, pidieron permiso á Valente, por medio de su obispo Ulfila, para establecerse á la orilla derecha del río (375). Valente accedió á su petición, felicitándose de recibir en su imperio aquellas masas de bárbaros, semi-cristianos la mayor parte, y que le prometían hacerse arrianos y defenderle, pero á condición de que le entregasen sus hijos y sus armas. Convinieron los godos en ello. Valente mandó reunir una multitud de barcos, balsas y troncos de árboles para que los godos pasasen el Danubio, y los romanos se ocuparon día y noche en trasladar á su imperio los que habían de destruirle. Varias veces intentaron los romanos contar los que pasaban, y siempre tuvieron que desistir: no era fácil contar un millón de individuos (2). Separáronse los hijos de los padres, y fueron aquellos distribuidos en varias provincias. Las armas no las dejaron. Con las riquezas que llevaban sobornaron los oficiales del emperador y así pudieron conservar sus aceros.

Habia entrado en el trato que los romanos suministrarían víveres á los godos, pagándolos estos. Pero no tardó la avidez de los generales romanos en agotarles todos los recursos; un pan les costaba un esclavo; y cuando no tuvieron esclavos que vender, daban sus propias mujeres. En esto los ostrogodos pasaron también el Danubio sin pedir permiso á nadie: á la voz de Fritigernes, jefe de los visigodos, fácilmente se aliaron los antiguos y los nuevos emigrados; y un día estando convidado Fritigernes á un festín por Lupicino, general de los romanos, estalló la rebelión en Marcianópolis: una riña entre algunos soldados romanos y otros de la guardia de los godos, hizo que las voces penetraran en la sala del banquete. Fritigernes y los suyos desnudan sus espadas, atraviesan la ciudad, y se dirigen al campamento donde la muchedumbre los recibe con aclamaciones. Lupicino marcha con sus legiones contra ellos; los godos hacen resonar aquel cuerno á cuyo roneo y triste sonido había de desplomarse el Capitolio (3); empéñase el combate y los romanos quedan vencidos. Desde aquel momento aquellas masas de salvajes, primero fugitivos y suplicantes, luego aliados, y oprimidos después, se creen ya señores del imperio.

Con el orgullo de esta victoria marchan sobre Andrinópolis; saquean por segunda vez la Tracia; á esta novedad Valente parte á toda prisa desde Antioquía, y solicita socorro de su

(1) Jornand. De rebus Geticis, cap. XIV.

(2) Amm. lib. XXXI.

(3) *Auditisque triste sonantibus cornuis.* Amm. ibid.

sobrino Graciano, emperador de Occidente; encuéntranse los dos ejércitos á ocho millas de Andrinópolis; el campo era llano; la infantería romana se ve envuelta por la numerosa caballería de los bárbaros; las legiones deshechas y confusas caen atropelladas bajo los innumerables sables de los godos: una flecha hiere al emperador al cerrar la noche, refíranle á una cabaña, acométnela los godos, y hallando alguna resistencia, préndenla fuego: el emperador con toda su régia pompa perece entre las llamas (4). Las dos terceras partes del ejército romano con sus principales caudillos quedaron en el campo. Horrorosa fué la carnicería. Los godos se presentaron en seguida sobre Andrinópolis, pero hallando mas resistencia de la que habían pensado, extiéndense como una nube hasta las murallas de Constantinopla, dejando asolado y desierto el país por donde pasaba aquella muchedumbre. Allí se encuentran los bárbaros del Norte y del Mediodía. Los árabes que estaban al servicio de Valente acometen á unos germanos, y los godos ven con horror á un sarraceno arrojarse sobre el cadáver de un godo que había matado, chupar la herida y beberse la sangre. Los bárbaros se asombraban de haber encontrado otros hombres mas bárbaros que ellos (378).

En este tiempo, Graciano, emperador de Occidente, enredado en la guerra que le habían movido los germanos y alemanes, sin poder enviar á su tío el socorro que le había pedido, recibe la noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia. Entonces busca un general que sea capaz de resistir á torrente tan impetuoso: solo uno había que pudiera desempeñar tan ardua misión, y este hombre no estaba en el ejército; estaba en España, retirado como otro Cincinnato. Este general era Teodosio, el hijo de aquel Teodosio que tres años antes había sido decapitado en Cartago, desde cuya época el hijo se había desterrado voluntariamente á España, su patria, habiendo antes servido gloriosamente á las órdenes de su padre. Graciano llama á este ilustre y modesto español, y en presencia de las tropas le proclama emperador de Oriente, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y Macedonia (379).

## CAPITULO VI

### Teodosio el Grande

DE 380 Á 395

Teodosio es sacado de su retiro para ensalzarle al trono imperial.—Restablece el valor y la disciplina del ejército.—Incorpora en él á los godos.—Conserva la tranquilidad en Oriente.—Emperadores de Occidente, Máximo, Graciano, Valentiniano II y Eugenio.—Queda Teodosio emperador único en Oriente y Occidente.—Lucha del cristianismo y la idolatría.—Herejías en España.—Prisciliano. Concilio de Zaragoza.—Teodosio y San Ambrosio.—Penitencia pública del emperador.—Edicto contra el paganismo.—Triunfo del catolicismo en el senado.—Costumbres del clero español.—Famosa decretal del papa Siricio, en respuesta á una carta del obispo de Tarragona.—Santos Padres.—Leyes de Teodosio.—Su muerte.—Division del imperio.

Con orgullo podrá citar siempre la España los tres emperadores que salieron de su seno, Trajano, Adriano y Teodosio. Españoles eran también los padres de este último, Teodosio y Termancia, así como su primera mujer Flacila. Hallábase Teodosio, según hemos visto, tranquilo en su retiro, como otro Cincinnato, cultivando su patrimonio, y contento con su honesta medianía, cuando un emperador le busca para partir con él la púrpura imperial como el único hombre capaz por sus talentos y su firmeza de salvar el imperio de Oriente, á punto de ser presa de los bárbaros. De ello se lisonjearon ya los godos. *Por lo que á mí hace*, decía uno de sus jefes, *estoy cansado de matar, y lo que me admira es que un pueblo tan débil y que huye siempre delante de mí, se atreva todavía á disputarme la posesión de sus provincias y de sus tesoros.* Pero llega Teodosio, y renovando los días de los Fabios y de los Escipiones, restablece la disciplina del menguado y desconcertado ejército, acostumbra á sus soldados á oír sin susto los gritos de los salvajes, los ejercita primero en la guerra de

(4) *Cum regali pompa crematus est.* Jornand. cap. XXVI.

ardides y sorpresas, y cuando ya los considera suficientemente aguerridos, los presenta delante de los bárbaros, y por fruto de sus ensayos anteriores, recoge la victoria. Teodosio, guerrero y político, aprovecha las divisiones y rivalidades que existían entre ostrogodos y visigodos, entra en negociaciones con Atanarico y le lleva á Constantinopla, donde le deslumbra con la grandeza de aquella ciudad imperial. Muere á poco Atanarico; Teodosio le manda hacer suntuosas honras, y atrae á su partido á los godos. Estos se comprometen á guardar los pasos del Danubio contra los demás pueblos, y Teodosio incorpora en las tropas imperiales mas de cuarenta mil bárbaros.

Teodosio conserva así la tranquilidad del imperio de Oriente, pero ya quedan establecidos en el imperio los que habían de ser sus destructores; ya los godos y los hunos están al servicio de los príncipes que iban á exterminar (382). En palacio mismo admite á Estilicon, de la sangre de los godos. Ya el imperio, en la corte y en el ejército, iba siendo mitad bárbaro, mitad romano. Ahora obedecen á Teodosio; cuando falte Teodosio, serán ellos los señores y los obedecidos.

No gozaba la misma paz el Occidente. Máximo, soldado ambicioso, se había hecho proclamar emperador en la Gran Bretaña (383). Viene en seguida á la Galia, acomete á Graciano, príncipe indolente y flojo, dado á la caza, y entregado á una guardia de bárbaros, y le quita el imperio y la vida. Máximo se hace reconocer por galos y españoles, y marcha sobre Italia. Pero San Ambrosio, obispo de Milan, viene á proponerle el pacífico goce de los estados de Graciano, y que no se le disputaría el título de emperador de Occidente en union con Valentiniano II, con tal que hiciese cesar la guerra. Máximo accede á las proposiciones de San Ambrosio, y Teodosio ratifica lo pactado. Máximo se asoció su hijo Víctor, y los tres emperadores reinaron por espacio de cuatro años en aparente armonía. Pero el ambicioso Máximo declara de repente la guerra á Valentiniano, marcha sobre Roma y se apodera de ella. Valentiniano se refugia á Tesalónica, implora el auxilio de Teodosio, que había tomado por esposa á Galla, su hermana. Teodosio toma las armas, vence á Máximo en la Panonia, le hace prisionero, y le manda decapitar en Aquilea (383). Restablece á Valentiniano en su trono, sin tomar nada para sí sino la gloria de haber derrocado al usurpador, y la de haber vengado á Graciano, á cuya generosidad debía la púrpura. Pero los hombros de Valentiniano eran incapaces de sostener el peso del imperio. Un franco llamado Arbogasto, hombre de gran bizarría, que habiendo puesto su brazo al servicio de Teodosio, se había aprovechado de su privanza para trastornar el imperio de Occidente, tenía á Valentiniano como prisionero en su propio palacio, y era el que disponía de los empleos y oficios, así civiles como militares, confiriéndolos todos á los francos. Valentiniano quiso un día hacer un esfuerzo de dignidad con Arbogasto, y á poco amaneció el emperador ahogado en su propio lecho. Arbogasto no quiso para sí la púrpura; vistió con ella á un hombre llamado Eugenio, que era profesor de retórica (392). Teodosio resolvió vengar la muerte de Valentiniano. Arbogasto y Eugenio se prepararon también á resistirle con un ejército de francos y alemanes. Teodosio con su acostumbrada celeridad pasa los Alpes Julianos, cae sobre Italia, encuentra el ejército de Arbogasto y Eugenio, y se traba la pelea: ya no son los romanos los que combaten en Roma; son bárbaros contra bárbaros; los soldados de Eugenio son francos y alemanes, los de Teodosio son godos, mandados por sus príncipes indígenas, Gainas, Saul y Alarico. Recia es la pelea y porfiada, pero las armas de Teodosio quedan triunfantes; Eugenio es hecho prisionero, y presentado á Teodosio, que le hace decapitar á su presencia. Arbogasto, desesperado, dos días después de la derrota, se quita la vida hundiéndose en el pecho su tosco y pesado machete.

De esta suerte quedó Teodosio dueño único y absoluto de todo el imperio (394), que tuvo la gloria de conservar íntegro mientras vivió, sin que ni una sola provincia se desmembrara, teniendo siempre en respeto los bárbaros que le inundaban, y aun sirviéndose de ellos mismos para sostener el viejo edificio que iban á derribar: habilidad y destreza suma, que le

mereció el sobrenombre de *Grande* con que ha pasado á la historia.

El reinado de Teodosio no fué solo notable por haber sabido mantener vivo y entero un cuerpo que encontró semicadáver, teniendo dentro de sí mismo el germen de la muerte y de la disolución; lo fué mas todavía por la influencia que ejerció en la revolucion social, religiosa y política que se estaba obrando. Porque el viejo y caduco imperio sufría dos invasiones, una física y material que habían hecho los enjambres de bárbaros, otra moral y política que hacían las ideas religiosas. Teodosio con una mano sujetaba los bárbaros y constituía la unidad del imperio; con otra empuñaba la cruz, y persiguiendo el politeísmo y la herejía trabajaba por establecer la unidad de religion. Teodosio daba batallas y hacia códigos, destronaba emperadores y derribaba ídolos, protegía una religion de mansedumbre, y cometía actos de sangrienta crueldad, hacíase señor del mundo y se prosternaba á los piés de un sacerdote.

Examinemos la historia de su reinado bajo este punto de vista, mas importante para la historia de España y del género humano, que las batallas y conquistas materiales. El cristianismo y el paganismo se disputaban el imperio del mundo por medio de las ideas, como la barbarie y la vieja civilización se le disputaban por medio de las armas. Estamos ya en un tiempo en que los obispos empezaban á tener mas influencia y mas importancia que los generales. Las disputas de religion ocupaban mas que las acciones de guerra. Era la lucha del antiguo mundo con el mundo nuevo. El catolicismo tenía que pelear no solo con los dioses del viejo Olimpo, sino también con las nuevas herejías, y el arrianismo principalmente se hallaba extendido y pujante en una buena parte del imperio. Algunos emperadores habían sido ardientes arrianos. Teodosio era católico, y contra la costumbre de aquel tiempo de esperar á bautizarse al fin de la vida, costumbre que condenan San Jerónimo, San Agustín y otros, Teodosio se hizo bautizar por el obispo de Tesalónica durante la guerra contra los godos. En seguida dió un famoso edicto en favor de la religion católica, y terminada la guerra de los godos pasó á Constantinopla, que era como el foco y asiento del arrianismo, y ordenó á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, ó que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofía y demás iglesias á los sacerdotes católicos (380). San Gregorio Nazianceno fué instalado en la silla por el mismo emperador en persona rodeado de sus guardias. La resistencia de los arrianos produjo la proscripción del arrianismo en todo el Oriente. Teodosio convocó un concilio general en Constantinopla, y en él se confirmó el dogma de la consustancialidad (382). No bastó el poder político para dejar á San Gregorio tranquilo en su silla, y cansado de luchas y de disgustos, de envidias y de intrigas, se retiró á su oscura soledad de Capadocia (1). Multitud de edictos imperiales ordenaban la ejecución de los decretos del concilio, y la confiscacion y el

(1) No podemos resistir á copiar la tierna despedida que San Gregorio hizo á la ciudad de Constantinopla al dejar la silla patriarcal, como un modelo de sentimientos piadosos, y como una muestra de la elocuencia cristiana de aquel tiempo.

«Adios, decía, aldea de Jibus, de que hemos hecho otra Jerusalem. Adios, santas moradas, que abarcais los diversos barrios de esta metrópoli, y sois como el lazo y punto de reunion de ella. Adios, apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, ornado con las virtudes y con la edad de los sacerdotes. Adios, vosotros todos ministros del Señor, que os acercais á él en la santa mesa cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de nazarenos, piadosas desposadas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambleas de huérfanos y de viudas, pobres que levantais vuestros ojos hácia Dios y hácia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me habeis socorrido en mi enfermedad. Adios, barras de esta tribuna, tantas veces forzadas por los que se agolpaban á oír mis discursos... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo... Adios, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fui oprimido. Pero adios especialmente vosotros, ángeles custodios de esta iglesia, que protegísteis mi presencia y protegísteis mi destierro. Y tú, santa Trinidad, mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo; compréndate, á fin de que yo sepa que crece cada día en saber y en virtud.»